

chas de mampostería. Los fosos o zanjas, a un centenar de metros, el pabellón habitado por Jeanbernat se encontraba enclavado en el parque, al que tenía vista una de sus fachadas. Pero el guardián parecía haber parapetado su vivienda por aquel lado; había desmontado un estrecho jardín, junto al camino; vivía allí, en la parte del medio día, dando la espalda a Paradou, sin parecer percatarse de la enormidad de vegetación que se desbordaba por aquella parte.

El joven sacerdote echó pie a tierra, mirando con curiosidad e interrogando al doctor, quien se apresuraba a atar el caballo a una anilla fija en la pared.

—Y ese anciano ¿vive solo en el fondo de este ignorado agujero?—preguntó.

—Sí, enteramente solo—respondió el tío Pascual. Pero se corrigió diciendo:

—Tiene consigo una sobrina que se le ha venido encima, una muchacha rara, una salvaje... Despachemos. Todo en la casa parece muerto.

VIII

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Al sol del medio día la casa parecía dormir, las persianas estaban cerradas, en medio del zumbido de gruesas moscas que ascendían por la hiedra hasta las tejas. Una deliciosa tranquilidad bañaba aquella asoleada ruina. El doctor empujó la puerta del estrecho jardín, rodeado por un alto seto vivo. Allí, a la sombra de un pedazo de pared, Jeanbernat, irguiendo su elevada estatura, fumaba sosegadamente su pipa, en aquel gran silencio, mirando cómo crecían sus hortalizas.

—¡Cómo! ¡Está usted levantado, so farsante!—exclamó el doctor viendo visiones.

—¡A lo que parece, venía usted a enterrarme!—gruñó el viejo rudamente.—No necesito a nadie. Me he sangrado...

Y se detuvo en seco al distinguir al sacerdote, y tan terrible fué el gesto que puso, que el tío Pascual se apresuró a intervenir.

—Es mi sobrino—dijo,—el nuevo cura de los Artaud, un excelente muchacho. ¡Qué demonio! No hemos corrido por esos andurriales a semejante hora para comérmelo a usted, tío Jeanbernat.

El viejo se tranquilizó un poco.

—No quiero solideos en mi casa—murmuró.—Entiéndalo usted, doctor, nada de menjerges y nada de curas, cuando haya de largarme: de otro modo, llegaríamos a enfadarnos... A pesar de todo, que entre aquél, ya que es sobrino de usted.

El padre Mouret, sobrecogido, no acertó con una palabra. Permanecía en pie, en mitad de una avenida, contemplando aquella extraña figura, aquel solitario cosido de arrugas, con el rostro de ladrillo cocido, con miembros secos y retorcidos, como líos de cuerdas, que parecía llevar sus ochenta años con irónico desdén de la vida. Como el doctor se propusiese tomarle el pulso, se volvió a enfadar.

—¡Déjeme usted en paz! Ya le he dicho a usted que me he sangrado con el cuchillo. Ahora todo ha concluído... ¿Qué animal de labriego es el que ha ido a molestar a usted? Las gentes son bestias. Esto no quita que echemos un trago.

Puso una botella y tres vasos sobre una desvenecijada mesa, que sacó a la sombra. Llenos los vasos hasta el borde, quiso trincar. Su cólera se disipaba en alegría chocarrera.

—Esto no le envenenará a usted, señor cura—dijo.—Un vaso de buen vino no es ningún pecado. A propósito, esta es la primera vez que trinco con una sotana, sea dicho sin agraviar a usted. Aquel pobre padre Caffin, su antecesor de usted, se negaba a discutir conmigo... Tenía miedo.

Soltó una gran carcajada y prosiguió:

—Figúrese que se había metido a probarme que Dios existe... Desde entonces nunca me tropezaba con él sin desafiarle. El bajaba las orejas y se escabullía, se lo aseguro a usted.

—¡Cómo, que Dios no existe!—exclamó el padre Mouret, saliendo de su mutismo.

—¡Oh! como a usted le parezca—repuso mofándose Jeanbernat.—Volveremos a discutirlo nosotros, si es del agrado de usted. Tan sólo debo prevenirle que me tengo por muy fuerte. Allá arriba en mi habitación, hay algunos miles de volúmenes salvados del incendio del Paradou, todos los filósofos del siglo décimo octavo, un montón de libracos sobre religión. ¡Buenas cosas he aprendido con ellos! Hace veinte años que los leo... ¡Caramba! ya encontrará usted con quien hablar, señor cura.

Habiase levantado. Con un prolongado ademán, señaló todo el horizonte, la tierra, el cielo, repitiendo solemnemente:

—¡Ahí no hay nada, nada, nada! Cuando se le dé un soplido al sol, todo habrá terminado.

El doctor Pascual había dado un pequeño golpe con el codo al padre Mouret. Guiñaba los ojos, estudiando con curiosidad al viejo y dándole muestras de aprobación con la cabeza para instigarle a hablar.

—Entonces, tío Jeanbernat, ¿es usted materialista?

—¡Eh! yo soy tan sólo un pobre hombre—contestó el viejo volviendo a encender la pipa.—Cuando el conde de Corbière, de quien era yo hermano de leche, murió de una caída del caballo, los hijos me destinaron a guardar este parque de la Hermosa del bosque durmiente, para desembarazarse de mí. A la sazón yo contaba sesenta años y me tuve por acabado. Pero la muerte se ha olvidado de mí, y he tenido que arreglarme un agujero... Mire usted, cuando se vive enteramente solo, acaba uno por ver las cosas del modo más peregrino. Los árboles ya no son árboles, la tierra reviste la apariencia de personas vivas, y hasta las piedras le cuentan a uno historias; tonterías y nada más. Conozco secretos que le tumbarían a usted de espaldas. Y amén de todo, ¿qué quiere usted que se haga en este endiablado desierto? He leído los libracos, lo que me ha divertido más que la caza... El conde, que renegaba como un hereje, me repetía a la continua: "Jeanbernat, hijo mío, tengo la seguridad de encontrarte en el infierno, para que allí me sirvas como me habrías servido aquí".

Hizo de nuevo su prolongado gesto en torno al horizonte, y repuso:

—Entiéndanlo ustedes, no hay nada, nada... Todo eso no es más que farsa.

El doctor Pascual se echó a reír.

—Una hermosa farsa, en todo caso—dijo.—Tío

Jeanbernat, usted es un misterioso, que se nos viene con secretitos. Sospecho que anda usted enamorado, a pesar de sus actitudes de hombre estragado. Hace un instante que hablaba usted con ternura de las piedras y de los árboles.

—No, se lo aseguro a usted, aquello ya pasó. En otro tiempo, hay que decirlo, cuando le conocí a usted y que íbamos a herborizar juntos, yo era sobrado estúpido para enamorarme de todo lo creado en esa gran embustera campiña. Afortunadamente los libracos mataron todo aquello. Yo deseaba que mi jardín fuese más pequeño, no salgo al camino ni dos veces al año. ¿Ven ustedes ese banco? Pues en él paso los días viendo crecer mis hortalizas.

—¿Y sus paseos por el parque?—interrumpió el doctor.

—¡Por el parque!—repitió Jeanbernat con expresión de profunda sorpresa;—¡pero si han pasado más de doce años sin que haya puesto los pies en él! ¿Qué quiere usted que vaya a hacer en medio de aquel cementerio? Es demasiado grande. Cosa más estúpida que esos árboles que no acaban nunca, con musgo por todas partes, con estatuas destrozadas, con agujeros en que está uno expuesto a romperse la crisma a cada paso. La última vez que allí estuve, aparecía todo tan negro bajo las hojas, envenenaban con tal fuerza el ambiente las flores silvestres, ráfagas de aire tan extrañas pasaban por las avenidas, que, en verdad, casi tuve miedo. Y así fué que me amurallé, para que el parque no entrase aquí... Un rincón asoleado, unas cuantas matas de lechuga delante de mí, un gran seto que cierre el paso a todo el horizonte, constituyen lo muy sobrado para ser feliz. Nada, esto es cuanto yo quería, nada absolutamente, algo tan reducido, que de la parte de afuera nadie pudiese venir a molestarme. Dos metros de tierra, a lo sumo, para reventar boca arriba.

Dió un puñetazo en la mesa, alzando bruscamente la voz y gritando al padre Mouret:

—Vaya, otro trago, señor cura. El diablo no está en el fondo de la botella.

El sacerdote experimentó un ligero malestar. Sentíase sin fuerzas para llevar a Dios a aquel extravagante viejo, cuya razón le pareció singularmente desorganizada. Ahora hacía memoria de ciertas charlatanerías de la Teuse sobre el Filósofo, nombre que los labriegos de los Artaud daban a Jeanbernat. Fragmentos de escandalosas historias se sucedían por modo vago en su memoria. Levantóse e hizo una seña al doctor, como para querer dejar aquella casa, en donde creía respirar miasmas de condenación.

Mas una curiosidad singular le detenía. Permanecía allí, yendo al extremo del jardinillo, registrando el vestíbulo con la mirada, como para ver más allá, detrás de las paredes. Por la puerta, abierta de par en par, distinguía tan sólo la negra caja de la escalera. Y volvía, buscando algún agujero, algún rayo de luz en aquel mar de hojas, cuya veindad sentía en aquel prolongado mürmullo que parecía azotar la casa con rumor de oleaje.

—¿Y la niña sigue bien?—preguntó el doctor tomando el sombrero.

—No está mal — contestó Jeanbernat. — Nunca anda por aquí; desaparece durante mañanas enteras... Sin embargo, a pesar de todo, puede que se halle en las habitaciones de arriba.

Alzó la cabeza y llamó:

—¡Albina! ¡Albina!

Y luego, encogiéndose de hombros:

—Ah, sí, es una famosa buscona... Hasta la vista, señor cura. Estoy del todo a su disposición.

Pero el padre Mouret no tuvo tiempo de recoger el guante del Filósofo. Acababa de abrirse bruscamente una puerta en el fondo del vestíbulo, y una deslumbradora claridad se destacó en la oscuridad de la pared. Fué como una visión de selva virgen, como un hundimiento de inmenso bosque bajo una lluvia de sol. En aquel relámpago, el sacerdote per-

cibió, a lo lejos, con toda limpieza, los detalles más preciosos; una gran flor amarilla en medio de un prado, una cascada de agua que caía de una alta peña, un árbol colosal rodeado de bandadas de pájaros; todo anegado, perdido, flameante, en medio de tal desorden de verdura, de tal exceso de vegetación, que el horizonte entero no era ya sino un florecimiento. La puerta crugió y desapareció todo.

—¡Ah, la muy holgazana!—exclamó Jeanbernat.—¡Todavía estaba en el Paradou!

Albina se reía en el umbral del vestíbulo. Llevaba unas sayas de color de naranja, con una gran pañoleta atada por detrás de la cintura, lo que le daba aspecto de bohemia vestida en traje dominiguero. Seguía riéndose, con la cabeza echada atrás, con la garganta henchida de alegría, dichosa con sus flores silvestres trenzadas en los rubios cabellos, prendidas en su cuello, en el corpiño, en sus delgados brazos, al aire y dorados por el sol. Parecía como un colosal ramillete que exhalaba penetrante perfume.

—¡Bah! buena estás tú—gruñía el viejo.—Huelas a hierba hasta apestar... ¿Diría nadie que esa muñeca tiene dieciséis años?

Albina, con todo descaro, reía cada vez más fuerte. El doctor Pascual, que era su gran amigo, se dejó besar por ella.

—¿Es decir que no tienes miedo en el Paradou?—le preguntó.

—¿Miedo? ¿De qué?—le preguntó con ojos de asombro.—Las tapias son demasiado altas, nadie puede entrar... Nadie hay allí más que yo. Es mi jardín. Mío enteramente. ¡Y cuidado si es grande! Nunca le he visto el fin.

—¿Y los bichos?—interrumpió el doctor.

—¿Los bichos? No son malos y me conocen bien.

—Pero bajo los árboles es grande la obscuridad.

—¡Pardiez! lo que hay es sombra; a no ser por esto, el sol me percutiría la cara... Se está muy bien a la sombra, bajo el follaje.

Y se volvía, llenando el estrecho jardín con el vuelo de sus sayas, despidiendo aquel penetrante aroma de verdura que llevaba consigo. Había sonreído el padre Mouret, sin bochorno alguno, sin inquietarse por las miradas de sorpresa con que la seguía. El sacerdote se había apartado. Aquella niña rubia, con el rostro alargado y rebosante de vida, parecía la hija misteriosa y turbulenta de aquella selva, entrevista en un rayo de sol.

—Oiga usted, tengo un nido de mirlos ¿lo quiere usted?—preguntó Albina al doctor.

—No, gracias—contestó éste riendo.—Será menester darlo a la hermana del señor cura, que se perece por los animales. Hasta la vista, Jeanbernat.

Pero Albina se había acercado al cura.

—Usted es el cura de los Artaud, ¿verdad? ¿Tiene usted una hermana? Iré a verla, con tal de que no me hable usted de Dios. Mi tío no está por eso.

—Nos estás aburriendo ¡véte!—dijo Jeanbernat encogiéndose de hombros.

Con un salto de cabra, desapareció, dejando una lluvia de flores en pos de sí. Oyóse el ruido de una puerta, y luego carcajadas detrás de la casa, carcajadas sonoras que fueron perdiéndose como el galope de un joven potro soltado en la hierba.

—Ya verán ustedes como acabará por dormir en el Paradou—murmuró el viejo con su tono indiferente.

Y como acompañase a sus visitantes:

—Doctor—repuso,—si me encontrase usted muerto alguno de estos días, hágame el favor de arrojarme al hoyo del estiércol, allí detrás de mis hortalizas... Buenas tardes, señores.

Y dejó caer la barrera de madera que cerraba el seto. La casa volvió a su dichosa paz, al sol del mediodía, en el zumbido de los moscardones que subían a lo largo de la hiedra hasta las tejas.

IX

Entretanto, el cabriolé volvía a seguir el hondo camino, a lo largo de la interminable tapia del Paradou. El padre Mouret, silencioso, alzaba la vista y miraba las gruesas ramas, que desbordaban sobre aquella pared, como brazos de gigantes ocultos. Llegaban del parque ciertos rumores, rozamientos de alas, estremecimientos de hojas, furtivos saltos que rompían las ramas, grandes suspiros que hacían doblegar los renuevos, todo un hálito de vida rodando sobre las copas de un mundo de árboles. Y a veces, al oír cierto grito de pájaro que se parecía al reír humano, el sacerdote volvía la cabeza con una especie de inquietud.

—¡Rara muchacha!—decía el tío Pascual, aflojando un tanto las riendas.—Tenía nueve años cuando cayó en manos de ese hereje. Un hermano suyo se arruinó, yo no sé cómo ni de qué manera. La pequeñuela se hallaba en un colegio, ignoro dónde, cuando el padre se mató. Casi era ya una señorita, sabía ya, que leía, bordaba, charlaba y aporreaba pianos. ¡Y coqueta! no digo nada. La vi llegar, con sus medias caladas, con faldas bordadas, con puños de encaje, y un montón de falbalaes... ¡Ah! los falbalaes han durado mucho tiempo.

Y se reía. Una gruesa piedra en nada estuvo que no hiciese volcar el cabriolé.

—¡Si no dejo una rueda de mi coche en este endiablado vericuetto!...—murmuró.—Tente firme, hijo mío.

La tapia continuaba siempre. El sacerdote escuchaba.

—Tú comprendes—prosiguió el doctor—que el Paradou, con su sol, sus guijarros y sus cardos, se comería un traje cada día. Tan sólo tuvo como quien dice, para cuatro bocados con los hermosos trajes de la pequeñuela. Llegaba a quedarse desnuda. Ahora se viste como una salvaje. Hoy todavía estaba presentable. Pero ocasiones hay en que apenas lleva zapatos y camisa... ¿Has entendido? El Paradou le pertenece. Desde el día siguiente de su llegada tomó de él posesión. Y allí vive, saltando por la ventana, cuando Jeanbernat cierra la puerta, escapándose sea como sea, yendo no se sabe a dónde, al fondo de huecos ignorados, o tan sólo por ella conocidos... ¡Linda vida debe de llevar en semejante desierto!

—Escuche tío—interrumpió el padre Mouret.—Diríase que se oye el trote de algún animal tras de esa tapia.

El tío Pascual se puso a escuchar.

—No—dijo al cabo de un rato de silencio,—es el ruido que produce el coche al chocar contra las piedras... La joven no aporrea ya los pianos. Tengo para mí que ni siquiera sabe ya leer. Figúrate una señorita vuelta al estado de holgazana libre, dejada para su recreo en una isla abandonada. Tan sólo le ha quedado su seductora sonrisa de coqueta, cuando así lo quiere... ¡Ah! si tuvieses algún día una niña a quien educar, no te aconsejo que la confíes a Jeanbernat. Tiene un modo de dejar obrar a la naturaleza, que no puede ser más primitivo. Cuando me he aventurado a hablarle de Albina, me ha contestado que no hay para qué oponerse a que los árboles crezcan a su buen talante. El

está, según dice, por el desarrollo normal de los temperamentos. No importa, ambos son un par de tipos muy interesantes, y no paso por las cercanías sin hacerles una visita.

El cabriolé salió por último del hondo camino. Allí, la tapia del Paradou formaba un ángulo y se desarrollaba después hasta perderse de vista sobre las cimas de los collados. En el momento en que el padre Mouret volvía la cabeza para dirigir una última mirada a aquella barrera gris, cuya impenetrable severidad había concluído por ocasionarle una singular sensación, dejáronse oír ruidos de ramas violentamente agitadas, mientras que un ramillete de tiernos álamos blancos parecía saludar a los viajeros desde lo alto de la pared.

—Bien sabía yo que algún animal corría por ahí detrás—dijo el cura.

Pero, sin que se viese a nadie, sin que se percibiese otra cosa en la atmósfera, que los álamos movidos cada vez con más furia, oyóse una voz clara, entrecortada de risas, que gritaba:

—¡Hasta la vista, doctor! ¡Hasta la vista, señor cura!... Beso el árbol, y el árbol envía a ustedes mis besos.

—¡Eh! es Albina—dijo el doctor Pascual.—Habrá seguido nuestro cabriolé al trote. Maldito lo que le importa a esa pequeña hada el saltar por entre los matorrales.

Y gritando a su vez:

—¡Hasta la vista, hermosa!... Ya eres grandecita para saludarnos de ese modo.

Las carcajadas se repitieron y los álamos saludaron inclinándose aun más, llevando las hojas hasta la capota del cabriolé.

—Soy tan grande como los árboles, cuantas hojas caen son besos—repuso la voz, ya alterada por la distancia, tan musical, tan confundida en los ondulantes hálitos del parque, que el joven sacerdote se sintió estremecido.

El camino fué ofreciéndose mejor. En la cuesta aparecieron los Artaud, en el fondo de la abrasada llanura. Cuando el cabriolé cortó el camino del pueblo, el padre Mouret no quiso que su tío le acompañase a la rectoría. Echó pie a tierra, diciendo:

—No, mil gracias, prefiero andar, pues me sentará bien.

—Como gustes—acabó por decirle el doctor.

Luego, estrechándole la mano:

—¡Ah! si todos tus feligreses fuesen como ese animal de Jeanbernat, no tendrías que molestarte con mucha frecuencia. En fin, tú has sido quien ha querido venir... Que te conserves bien. A la menor pupita, de noche o de día, manda por mí. Ya sabes que asisto gratis a toda la familia... Adiós, hijo mío.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTECARMEL, MEXICO

Cuando el padre Mouret se quedó solo, en medio del polvo del camino, se sintió más a sus anchas. Aquellos pedregosos campos devolvíanle a sus enstueños de rudeza, de vida interior vivida en el desierto. A lo largo del hondo camino, los árboles habían dejado caer sobre su nuca inquietadoras humedades que el ardiente sol ahora secaba. Los raquíticos almendros, los pobres trigales, las enfermas viñas, a ambos lados del camino, le sosegaban, le apartaban de la turbación en que le había sumido el ambiente sobrado cálido del Paradou. Y, en medio de la deslumbradora claridad que caía del cielo sobre aquella tierra erial, las blasfemias de Jeanbernat ni siquiera constituían una sombra. Experimentó viva alegría, cuando, al levantar la cabeza, distinguió en el horizonte la inmóvil sombra del Solitario, con la mancha de las rojizas tejas de la iglesia.

Mas, a medida que iba adelantando, el sacerdote se sintió pasto de otra inquietud. La Teuse iba a ponerle como ropa de pascua, con su almuerzo frío, que le estaba esperando desde hacía casi dos horas. Imaginábase el terrible ceño, el aluvión de palabras con que le recibiría, los irritados ruidos de la vajilla, que estaría oyendo la tarde entera. Cuando hubo atravesado los Artaud, su miedo tomó creces

tales, que se puso a titubear, lleno de espanto, y se preguntaba a sí mismo si no sería más prudente dar la vuelta y hacer su entrada por la iglesia. Mas, en el punto y hora en que se consultaba, la Teuse apareció en persona, en el umbral del presbiterio, con la cofia a un lado y los puños en las caderas. El sacerdote inclinó la espalda y tuvo que subir la cuesta bajo aquella mirada preñada de tempestad que sentía pesarle sobre los hombros.

—Ya sé que se me ha hecho tarde, mi buena Teuse—balbuceó desde el último recodo del sendero.

La Teuse esperaba tenerlo en frente, muy cerquita. Miróle entonces hecha una furia; luego, sin decirle una palabra, se volvió y echó a andar delante de él, hasta el comedor, golpeando con sus gruesos tacones, tan rígida por la cólera, que casi no cojeaba ya.

—¡He tenido tantas cosas que hacer!—empezó a decir el cura, espantado por tan muda acogida.—Desde por la mañana no he cesado de andar.

Mas ella le cortó la palabra con una nueva mirada tan fija, de tan mal talante, que el cura se sintió las piernas como tronchadas. Sentóse y se puso a comer. La Teuse le servía con sequedades de automática, con riesgo de romper los platos, tal era la violencia con que los ponía. El silencio llegó a ser tan formidable, que no le fué posible tragar el tercer bocado, ahogado por la emoción.

—Y mi hermana ¿ha almorzado ya?—preguntó.—Ha hecho bien. Siempre se debe comer, cuando yo he estado ocupado fuera.

No obtuvo contestación. La Teuse, en pie, esperaba a que hubiese concluído lo que tenía en el plato, para quitárselo. Entonces el sacerdote, conociendo que no podría comer ante aquel par de ojos implacables que le anonadaban, rechazó el nuevo servicio. Aquel ademán de cólera fué como un latigazo, que sacó a la Teuse de su testaruda tirantez. Sintióse fuera de quicio.

—¡Ah! ¿Esas tenemos? Todavía es usted quien

se incomoda... Pues bien, me voy; va usted a pagarme el viaje para volverme a mi casa. Estoy hasta la coronilla de los Artaud, de vuestra iglesia y de todo!

Y se quitó el delantal con sus temblorosas manos.

—Ya podía usted ver que no quería hablar...— prosiguió.—¿Es esto vivir? ¡Nadie más que los saltibanquis viven así! Son las once, ¿verdad que sí? ¿Y no le da a usted vergüenza de encontrarse todavía a la mesa cerca de las dos de la tarde? Esto no es propio de un cristiano, no señor, no lo es.

Y a seguida, plantándose en frente de él:

—Por último, ¿de dónde viene usted? ¿A quién ha visto? ¿Qué asunto le ha podido entretener?... Si fuese usted un niño se le debería azotar. El puesto de un sacerdote no está en los caminos, al aire libre, como los mendigos que no tienen casa ni hogar... ¡Ah! ¡En buen estado viene usted con los zapatos del todo blancos y con la sotana perdida de polvo! ¿Quién cepillará a usted su sotana? ¿Quién le comprará otra?... Pero, hable usted de una vez, diga usted qué es lo que ha hecho. A fe mía que si no se le conociese a usted, acabaría por creer lindas cosas. Y ¿quiere usted que se lo diga? Pues bien, yo no pondría las manos en el fuego. Cuando se almuerza a tales horas, todo se puede hacer.

El padre Mouret, un tanto aliviado, dejaba pasar la tormenta. Experimentaba como una suspensión nerviosa en las alborotadas palabras de la vieja sirvienta.

—Vamos, mi buena Teuse—dijo,—empiece usted por ponerse el delantal.

—No, no—gritó,—todo ha concluído, tomo el portante.

Pero él, levantándose, le ató el delantal a la cintura riéndose. La Teuse forcejeaba y decía entre dientes:

—Le digo a usted que no. Usted es un marrullero. Le veo a usted el juego, conozco que quiere

adormecerme con sus palabritas de azúcar... ¿A dónde ha ido usted?... Después ya veremos.

El cura volvió a sentarse a la mesa, regocijado, como quien tiene ganada la victoria.

—En primer lugar—repuso—me ha de permitir usted que coma... Me estoy muriendo de hambre.

—Es claro—murmuró la vieja compadecida.—Eso es no tener ni pizca de sentido común. ¿Quiere usted que agregue un par de huevos al plato? En seguida estaría hecho. Pero, si tiene usted bastante... ¡Y todo está frío! ¡Y yo que me había esmerado tanto con sus berengenas! ¡Buenas están ahora! Parecen suelas viejas. Afortunadamente usted no es ningún glotón, como aquel pobre ser Caffin... ¡Oh! usted tiene excelentes cualidades, no lo niego.

Y le servía con maternales cuidados, parloteando y todo. Luego, en cuanto el cura hubo terminado, corrió a la cocina para ver si el café estaba todavía caliente. Y se dejaba caer y cojeaba por modo extravagante, en la alegría de la reconciliación. Por regla general, el padre Mouret temía al café, que le producía grandes trastornos nerviosos; pero en aquella circunstancia, queriendo sellar la paz, aceptó la taza que le llevó. Y como se quedase a la mesa algo más de lo regular, la Teuse se sentó frontera a él y repitió cariñosamente, como mujer a quien martiriza la curiosidad.

—¿Dónde ha estado usted, señor cura?

—Pues—contestó sonriendo,—he visto a los Bricchet, he hablado con Bambousse...

Entonces fué preciso que le contase lo que los Bricchet habían dicho, lo que había decidido Bambousse, la cara que ponían y el lugar en que trabajaban. Cuando oyó la contestación del padre de Rosalía:

—¡Pardiez!—exclamó,—si el fruto muriese, el embarazo para nada se tendría en cuenta.

Y después, juntando las manos en actitud de admiración envidiosa:

—Cuánto debe usted de haber charlado, señor

cura. ¡Más de medio día para llegar a tan gran resultado! ¿Y ha regresado usted poquito a poco?... Debía de hacer un endiablado calor en el camino...

El cura, que se había levantado, no contestó. Iba a hablar del Paradou, a pedir informes. Pero el temor de ser interrogado con demasiado interés, y una especie de vago bochorno que no se confesaba a sí mismo, le indujeron a guardar silencio sobre su visita a Jeanbernat. Puso término a todo nuevo interrogatorio, preguntando:

—¿Y mi hermana, en dónde se ha metido? No la oigo.

—Venga usted, señor—contestó la Teuse, que se echó a reír, llevándose un dedo a la boca.

Entraron en la habitación contigua, que era salón de campo, tapizado con papel de grandes flores grises descoloridas, amueblado con cuatro sillones y un canapé forrados con tela de erin. Sobre el canapé, Deseada dormía tendida cuan larga era, con la cabeza sostenida con sus dos puños bien cerrados. Sus sayas pendían dejándole al descubierto las rodillas, mientras que sus brazos levantados, desnudos hasta los codos, realizaban las poderosas líneas de su seno. Su respiración resultaba un tanto fuerte, al pasar por sus encarnados labios entreabiertos, que dejaban ver los blancos dientes.

—¿Eh? ¡Parece que duerme!—murmuró la Teuse.—Ni siquiera ha visto las tonterías de usted de hace un instante... ¡Caramba! debe de estar cansada, que es un primor. Figúrese usted que ha estado limpiando sus animalejos hasta cerca del medio día... En cuanto hubo comido, vino a caer ahí como un plomo. Ni siquiera se ha movido.

El sacerdote la miró un instante, con extremada ternura.

—Hay que dejarla descansar cuanto quiera—dijo.

—¡Pues es claro! ¡Es una desgracia que sea tan inocente! ¡Mire usted qué brazos tan robustos! Cuando la visto, pienso siempre en la hermosa mu-

jer que habría llegado a ser. Vaya, que habría dado a usted robustos sobrinos, señor cura... ¿No le parece a usted que se parece a aquella gran señora de piedra que está en el mercado de trigos de Plasans?

Quería hablar de una Cibeles, recostada sobre unas gavillas, obra de un discípulo de Puget, esculpida en el frontón del mercado. El padre Mouret, sin contestar, la echó con tiento fuera del salón, recomendándole que hiciese el menor ruido posible. Y, hasta la noche, el presbiterio quedó en el más profundo silencio. La Teuse daba fin a su lejía bajo el cobertizo. El sacerdote, en el fondo de su reducido jardín, con el breviario sobre las rodillas, hallábase sumido en contemplación piadosa, mientras que los rosados pétalos se desprendían de los melocotoneros en flor.

UNIVERSITY OF
BIBLIOTHECA
"ALFONSO REYES"
APR. 16 1925 MONTERREY, MEXICO